

Foto: G. Andújar

Caritas in veritate

El Amor como estrategia política

Por P. JORGE CELA, SJ

1. Introducción

Una encíclica es una carta que el Papa, como Pastor dirige a los miembros de la Iglesia. Es, fundamentalmente, un documento eclesial que usa como pastor y guía para orientar a los fieles. Sin embargo, las encíclicas sociales, por su misma temática, suelen tener un lenguaje más sociológico. Hablan del espacio social que los católicos compartimos con creyentes y no creyentes. Procuran facilitar el diálogo con los que no siendo miembros de la Iglesia, construyen con nosotros la misma historia.

Sin embargo, *Caritas in Veritate*, como su autor, es una encíclica fuertemente teológica. No porque excluya el diálogo, sino porque busca motivar a los católicos a un compromiso mayor con el desarrollo de los pueblos. Recordemos que quiso publicarse en el cuadragésimo aniversario de la *Populorum Progressio* de Pablo VI, que se tiene que dar en diálogo y colaboración con muchos hombres y mujeres de buena voluntad que no comparten nuestra fe.

He querido leerla desde esta perspectiva. Como creyente que mira al mundo y se pregunta qué hacer, desde una crisis global de las finanzas de la que aún no logramos salir; desde un mundo marcado por la cercanía que crean el consumo y la comunicación global y por la distancia que nace de los conflictos armados y profundos desencuentros culturales; en medio de una crisis ambiental que nos enfrenta con nuestro irresponsable uso de la tierra expresado en el calentamiento global y el incontenible derrame de petróleo en el mar. Desde una América Latina que se debate en la búsqueda de nuevas formas de gobierno que le permitan dar el salto hacia un desarrollo integral y equitativo, de su identidad cultural propia frente a la avalancha de la nueva cultura global, que no logra mejorar sus índices de calidad educativa y la reducción de la

pobreza al ritmo que ella misma se había propuesto. Desde una Cuba que espera impaciente las anunciadas reformas que marcarán el camino de su desarrollo en los próximos años.

Leída así, la encíclica resulta sumamente inspiradora para el pensamiento y la acción de un cristiano que se sienta cuestionado por la realidad y urgido por la caridad, y proporciona los elementos para aportar a un diálogo en la búsqueda de caminos nuevos en nuestra cansada historia.

2. El contexto

Quiero comenzar mi comentario echando una mirada al contexto que intenta responder la encíclica. Se inscribe en el marco del cuadragésimo aniversario de la *Populorum Progressio*, y por eso casi la tercera parte de sus citas (43 de 159) se refiere a este documento de Pablo VI. En realidad aparece a los 42 años de publicarse aquella y a 22 de la *Sollicitudo Rei Socialis*, de Juan Pablo II. De esta forma se suma a la tradición de conmemorar las grandes encíclicas sociales con una nueva. Así la *Quadragesimo Anno* celebró los 40 años de la *Rerum Novarum*, la *Mater et Magistra* los 70, la *Octogesima Adveniens* los 80, la *Laborem Exercens* los 90 y la *Centessimus Annus* los 100.

Pero, como la misma Carta lo plantea, no es sólo la celebración de un nuevo aniversario de las anteriores lo que la motiva. La situación del mundo nos obliga a revisar nuestras actitudes y planteamientos a partir de nuestra responsabilidad social. La encíclica comienza por preguntarse “¿hasta qué punto hemos cumplido” lo propuesto hace cuarenta años en la *Populorum Progressio*? “Las fuerzas técnicas que se mueven, las interrelaciones planetarias, los efectos perniciosos sobre la economía real de una actividad financiera mal utilizada y en buena parte especulativa, los imponentes flujos

migratorios, frecuentemente provocados y después no gestionados adecuadamente, o la explotación sin reglas de los recursos de la tierra, nos induce hoy a reflexionar sobre las medidas necesarias para solucionar problemas que no sólo son nuevos respecto a los afrontados por el papa Pablo VI, sino también, y sobre todo, que tienen un efecto decisivo para el bien presente y futuro de la humanidad¹, nos dice el Papa. Esta situación nos obliga a revisar el camino, discernir y proyectar nuestra acción de un modo nuevo.

La encíclica enumera las distorsiones de un crecimiento económico que no puede ser llamado desarrollo, marcado por “el escándalo de desigualdades hirientes”, de corrupción e ilegalidad, de falta de respeto a los derechos de los trabajadores, de desvío de ayudas internacionales, de excesiva protección a la propiedad intelectual en desmedro del bien común². Cita en concreto cómo afectan al mundo trabajador los cambios efectuados que amenazan los sistemas de protección y prevención social, crean nuevas dificultades a la organización sindical y minan su libertad, creatividad, relaciones familiares y sociales. Denuncia las nuevas formas de colonialismo y dependencia estructuradas alrededor del comercio internacional³. Afirma la necesidad de introducir el humanismo en la economía, pues “los costes humanos son siempre costes económicos” advierte del peligro que representa una “economía de corto, brevísimo plazo”⁴.

También a nivel cultural la creciente interrelación y el diálogo entre culturas se ven obstruidos por la mercantilización de la actividad cultural, el relativismo y eclecticismo cultural acrítico y las nuevas formas de manipulación por los medios de comunicación social⁵ y de los conocimientos científicos⁶. Insiste en que “rebajar las culturas a la dimensión tecnológica...a la larga obstaculiza el enriquecimiento mutuo y las dinámicas de colaboración”⁷.

Tras la caída del bloque de Europa Oriental se ha transformado la geopolítica sin que emerja aún una instancia válida internacional, lo que obliga a replantear la visión del desarrollo⁸. La misma vida humana se ve amenazada por la inseguridad de acceso al agua y la comida, por el daño al medio ambiente, por el incremento de la violencia y por múltiples formas de irrespeto a la vida.

Esta situación es la que los autores hoy describen como la crisis de la modernidad tardía. Tradicionalmente hemos descrito la modernidad como la era que comienza con las tres revoluciones: la revolución económica desatada por la tecnología, que da origen al sistema capitalista y como contrapartida al socialista; la revolución cultural que hemos llamado la Ilustración, por el florecimiento de la razón, que llegó a intentar desterrar los absolutos y el mundo de lo sagrado; y la revolución política, que marca la transición de los sistemas monárquicos a las democracias parlamentarias y la constitución de los ciudadanos como sujetos de derechos y deberes.

Se suele situar la Revolución Francesa como el hito que marca el inicio de la era moderna. Su lema de libertad, igualdad y fraternidad es el símbolo de la modernidad. A veces se ha dicho que esto se tradujo en libertad de mercado, igualdad de derechos que garantiza el Estado, y que la fraternidad fue la gran olvidada. Según Benedicto XVI este descuido de la fraternidad es la causa más profunda del subdesarrollo⁹. La encíclica, al colocar el amor como un principio central de la construcción social, recupera esta dimensión. Es este uno de sus principales aportes, como veremos más adelante.

Pero el avance tecnológico propio de la modernidad ha

hecho que se dé lo que la encíclica llama “estallido de la interdependencia planetaria”¹⁰: que es a un tiempo oportunidad y amenaza para el desarrollo de los pueblos. Hoy decimos que la característica de esta modernidad tardía que nos ha tocado vivir es la globalización. Para Ulrich Beck esta significa que, en los planos político, económico y cultural, “se abre un juego en el que las reglas y los conceptos fundamentales del antiguo ya no son reales, aunque aún haya quien siga jugando. En cualquier caso... (el juego del) Estado nacional...ya no es posible solo”¹¹. En todo escenario local irrumpen ineludiblemente los elementos internacionales. Ya no es posible controlar todos los hilos desde una sola mano. Los hilos y las manos se han multiplicado de tal manera, incluso invadiendo los espacios virtuales, que ya no es posible el aislamiento. Han surgido “un espacio y un marco de acción nuevos: la política se deslimita y se desestatiza”¹². Ya no hay fronteras para el tráfico humano (de turistas o migrantes ilegales); para la comunicación en sus múltiples formas transnacionales que crea una nueva cultura global donde se confunde la participación de millones de actores anónimos con la manipulación mediática de las grandes corporaciones; ni para la economía con los capitales viajeros y la globalización de la producción y el consumo. En el juego del poder nacional han entrado subrepticamente incontrolables actores transnacionales¹³ que actúan desde una inmensa diversidad de medios y no sólo desde la esfera estatal¹⁴, sino también desde el mercado¹⁵ y la sociedad civil.

Es particularmente interesante lo que dice Ulrich Beck de esta última: “El contrapoder de la sociedad civil global, ... adopta la figura del consumidor político...Las protestas de consumidores son, como tales, transnacionales. La sociedad mundial que existe objetivamente es la sociedad de consumo”¹⁶. La reflexión parte del debilitamiento de las organizaciones sindicales a partir de la transnacionalización de la producción. Sin embargo, la globalización del consumo da pie a una nueva forma de acción política: la protesta de los consumidores. Pensemos, por ejemplo, en las campañas en contra de productos de empresas que utilizan trabajo infantil. Recuerdo que hace ya años en Canadá se organizó una original protesta de los consumidores en apoyo a los recolectores chicanos de lechuga en California. Las señoras iban a los supermercados, llenaban los carritos de gran variedad de productos y coronaban la compra con una lechuga. Al pagar le preguntaban al cajero: ¿Esta lechuga es de California? Y ante la respuesta afirmativa, abandonaban el supermercado dejando el carrito lleno en protesta por el maltrato a los recolectores. Al supermercado le salía más caro contratar personal extra para colocar cada lata en su sitio que tirar a la basura el contenido del carro. En menos de 24 horas habían logrado que las cadenas de supermercados canadienses suspendieran las compras de lechuga de California, con lo cual causaron una fuerte presión a favor los recolectores. Una original protesta de consumidores que podían ejercer su responsabilidad social sin ningún riesgo de ser despedidos, enviados a la cárcel o golpeados. La encíclica no es ajena a esta irrupción del consumidor como acto político, con derechos y deberes. Así como la *Rerum Novarum* habló a favor del derecho de los trabajadores a organizarse, la *Caritas in Veritate* habla del derecho de los consumidores a organizarse y de su responsabilidad social: “Es bueno que las personas se den cuenta de que comprar es siempre un acto moral, y no sólo económico. El consumidor tiene una responsabilidad social específica...”

Los consumidores deben ser constantemente educados para el papel que ejercen diariamente y que pueden desempeñar respetando los principios morales, sin que disminuya la racionalidad económica intrínseca en el acto de comprar¹⁷.

Esta movilidad virtual o real, esta transnacionalidad, este desarraigo de quien está de viaje, “en camino”¹⁸, como manera de vivir debilita las identidades. Es la gran pregunta del hombre y la mujer de la posmodernidad: quién soy yo. Las sociedades plurales y sin fronteras en que vivimos han debilitado las identidades, que se confunden en su diversidad. En la sociedad global “no tener Estado cultural significa tener más de una patria, construir un hogar en la encrucijada de culturas”¹⁹. Más aún, nos dice Alain Touraine que “toda correspondencia entre el sistema y el actor parece haber desaparecido. Ya no pertenecemos a una sociedad, a una clase social o a una nación en la medida en que nuestra vida está en parte determinada por el mercado mundial y al mismo tiempo encerrada en un universo de vida personal, de relaciones interpersonales y de tradiciones culturales”²⁰. De forma que, contrario al criterio de que la modernidad constituyó a todas las personas en sujetos de deberes y derechos, Touraine afirma que “la sociedad moderna descarta a la vez al individuo y lo sagrado en provecho de un sistema social autoproducido, autocontrolado y autorregulado. Así se establece una concepción que descarta cada vez más activamente la idea de sujeto”²¹. El sujeto desaparece en la muchedumbre, en las masas anónimas del espectáculo o la movilización, el sujeto se pierde en el anonimato y la irresponsabilidad de la masa. Así “los modos de conducta personales reemplazan la participación social con la obsesión por la identidad, que es frágil, individual o colectiva, vida pública en ruinas y violencia en crecimiento”²².

Como resultado de esta modernidad fallida surge el desencanto de la posmodernidad. Las nuevas generaciones parecen haber perdido la capacidad de entusiasmarse por las grandes causas. En un mundo global han optado por recuperar el espacio inmediato de la cercanía sensorial. El desencantamiento de la historia amenaza con convertirse en indiferencia, en pragmatismo a ultranza, en hedonismo inmediato. El sentido de la vida empieza a difuminarse. “Ya no tenemos confianza en el progreso; ya no creemos que el enriquecimiento lleve consigo la democratización y la felicidad. A la imagen liberadora de la razón ha sucedido el tema inquietante de una racionalización que concentra en un alto vértice el poder de decisión. Cada vez tememos más que el crecimiento destruya... haga aumentar las desigualdades en el nivel mundial, que nos imponga a todos una agotadora carrera para adaptarnos a los cambios.”²³

3. La Propuesta

Ante esta perspectiva, la encíclica nos recuerda que el desarrollo es tarea de todos²⁴. Más aún, nos dice que es vocación de toda persona que debemos asumir libre y solidariamente. Que estamos llamados personalmente a comprometernos en el desarrollo de los pueblos y personas. Por eso la fe nos involucra de manera especial en la tarea del desarrollo. Porque el “encuentro con Dios permite ver siempre en el prójimo la imagen divina, descubrir al otro, amarlo, ocuparse y preocuparse por el otro”²⁵. Los cristianos compartimos con otros esta tarea y esta vocación que no pueden ser hechas vicariamente, a nombre de otros. Todos tenemos el derecho

y el deber de participar en nuestro propio desarrollo. Es este quizá uno de los aportes más importantes de esta encíclica: equiparar y relacionar dos importantes criterios para el desarrollo: la subsidiariedad y la solidaridad²⁶.

La dimensión de la fe nos permite reconocer otro elemento importante: contemplar el desarrollo no como el fruto del mero voluntarismo humano, sino como don, como gracia. No sólo estamos llamados a comprometernos en el desarrollo, sino que recibimos el desarrollo, del que es parte la participación en su construcción, como regalo y don. El desarrollo, como la verdad y el amor, no se produce, sino se acoge²⁷. Pero esta acogida es una acción activa que nos convierte en sus protagonistas. Y como cristianos el énfasis de nuestro aporte es la caridad, el amor. Una caridad que siempre tiene que darse en la verdad. Un amor con contenido político capaz de construir fraternidad en nuestras sociedades plurales y fragmentadas. Esta propuesta del amor a niveles micro y macrosociales, como motor y fin del desarrollo posee una originalidad que desconcierta a quienes quisieran reducir el desarrollo a fórmulas técnicas de aumento de la producción o indicadores de avance económico²⁸. Pero responden a las aspiraciones profundas de un mundo desencantado que busca reencontrar sentido a la vida.

El aporte cristiano es una antropología. Una visión de la persona humana en su dialéctica de amor y razón, de inmanencia y trascendencia. Una persona creada para amar y ser amada. Una persona hecha para vivir en fraternidad. La encíclica llega a afirmar que la cuestión social se ha convertido en una cuestión antropológica²⁹.

Y el segundo aporte importante de la encíclica consiste en plantear que a nivel de la sociedad, la fraternidad se construye desde la sociedad civil.

Desde estos dos ejes la encíclica es una propuesta esperanzada para el futuro, consciente de las dificultades, pero cargada de pistas para afrontar las dificultades del desarrollo.

4. La persona como centro del desarrollo: una antropología

La Doctrina Social de la Iglesia ha centrado siempre su mirada en la persona humana³⁰. El mensaje fundamental de Jesús es que somos hijos e hijas de Dios. Eso nos confiere una dignidad indeclinable que constituye la base de la visión cristiana de la persona como “única e irrepetible”³¹. Es la persona un fin en sí mismo, imagen de Dios, hijo de Dios, redimido por Cristo³¹.

Tradicionalmente se ha definido la persona humana como animal racional, definición precisa y clara, pero insuficiente por estática y por dejar fuera aspectos fundamentales de la persona humana, que no se agota en su racionalidad.

Pero esta persona no es percibida como un individuo auto-suficiente. “La relacionalidad es un elemento esencial” de la persona³³. No se concibe la persona humana como unidad encerrada en sí misma. Ella se constituye en diálogo con otro y su plenitud se entiende en relación con los demás. Por eso la persona no se define sólo por la razón, que la constituye en independiente y autónoma; sino también por el dinamismo relacional del amor, que se expresa en su vocación a vivir en fraternidad; en su corporalidad, que lo liga a la naturaleza en una relación dialéctica; y en su apertura a la trascendencia, que se manifiesta en su pregunta vital por el sentido. La en-

cíclica se distancia de otras culturas, religiones o ideologías que “tienden a aislar al hombre en el bienestar individual”³⁴. En este sentido denuncia cierto sincretismo de consumo, que surge en la sociedad global de la interrelación entre diversas religiones y culturas de una sociedad plural, que termina convirtiendo la experiencia religiosa en el consumo de significantes para la satisfacción individual sin compromiso con el otro, manipulando las angustias humanas y la experiencia religiosa con fines comerciales.

Es por ello necesario el discernimiento para evaluar las culturas, ideologías y religiones desde el criterio de su visión integral de la persona humana y su dimensión social: todo el hombre y todos los hombres. La experiencia religiosa que es parcial en su visión del hombre, o le recorta de su dimensión social, no sirve como fundamento de la construcción del desarrollo de los pueblos³⁵. En este sentido la religión podrá contribuir al desarrollo de los pueblos si tiene un lugar en la esfera pública. La reclusión de la religión al ámbito privado o el empobrecimiento de ésta en la forma de fundamentalismo religioso tienden a convertirse en un impedimento para el desarrollo. Éste sólo se da en espacios de libertad, que son negados en ambos casos.

La persona humana es siempre un ser situado en un tiempo y un lugar. Nuestra visión del hombre y la mujer tiene siempre este carácter de procesualidad y dinamismo. Nuestra relación con el entorno, natural o social, nos constituye de tal manera que en gran medida somos lo que la historia de nuestras relaciones nos ha hecho. Hoy el afán de lucro desmedido, el consumismo desaforado de nuestra cultura, y la evasión de la responsabilidad ética sobre las consecuencias de nuestras acciones, llevan con frecuencia a la depredación de la naturaleza. La encíclica nos recuerda que: “El modo en que el hombre trata el medio ambiente influye en la manera en que se trata a sí mismo y viceversa”³⁶. Pero no sólo “somos en nuestro entorno”, sino que nuestras relaciones con la naturaleza son también una parte de nuestra responsabilidad social y nuestra solidaridad intergeneracional³⁷. Con esto la encíclica plantea la responsabilidad histórica de la solidaridad que se expresa de manera especial en el cuidado del medio ambiente para las generaciones futuras³⁸. Esta conciencia de nuestra relación con la naturaleza crece hoy en América Latina gracias al protagonismo adquirido en algunos países por las culturas originarias.

El amor es vivido como una experiencia gratuita que no se compra ni se gana. Es don que brota del amor de la Trinidad y derrama el Espíritu Santo en nuestros corazones. “Sin verdad, sin confianza y amor por lo verdadero, no hay conciencia y responsabilidad social, y la actuación social se deja a merced de intereses privados y de la lógica de poder, con efectos disgregadores sobre la sociedad, tanto más en una sociedad en vías de globalización, en momentos difíciles como los actuales”³⁹. El desarrollo “tiene que dar espacio al principio de gratuidad como expresión de fraternidad”⁴⁰.

Cuentan que al morir un hombre escribieron en su epitafio: “Ni palabras malas, ni obras buenas”. Nunca ofendió a nadie, pero tampoco amó nunca a nadie para no comprometerse en su ayuda en una buena acción. Nada más alejado del ideal cristiano.

Esta percepción del hombre como ser social ha llevado al Magisterio Social de la Iglesia a defender la primacía del Bien Común. Nunca el bienestar individual puede estar en contraposición al bien común. El papa Benedicto XVI llega

a plantear que la causa del subdesarrollo es la falta de fraternidad⁴¹. Y en verdad no se puede concebir a un cristiano que se vuelva indiferente a la miseria del prójimo. Es ese el escándalo de nuestro siglo, como repetía Juan Pablo II. En este sentido la encíclica afirma claramente que el amor nos lleva a cuidar de la sociedad, de forma que la política es la vía institucional de la caridad⁴².

La globalización ha expandido el ámbito de la justicia y el bien común a niveles mundiales, haciéndonos conscientes de que la justicia global implica actitudes, responsabilidades y acciones sobre el desarrollo. La carta insiste claramente en que la caridad no se contrapone a la justicia, pero sí va más allá; por eso “no basta la justicia”⁴³. El amor no puede carecer de justicia. Como han dicho los Obispos cubanos, “la caridad precede e integra la justicia”⁴⁴. La justicia da al otro lo que es suyo. La caridad es capaz de perdonar y de dar al otro de lo mío. Como decía Pablo VI, la justicia es la “medida mínima” de la caridad. La justicia pertenece al ámbito de los derechos y deberes, la caridad al de la gratuidad, la reconciliación, la comunión, tan necesarios en Cuba.

Con esto queda claro que cuando hablamos de amor no nos referimos a una relación interpersonal, íntima, privada. Estamos hablando de una responsabilidad política, de un elemento fundamental para construir la fraternidad que pueda ayudarnos a superar la fragmentación de la sociedad en que vivimos⁴⁵.

Otra afirmación importante sobre el amor como principio de la construcción del desarrollo es su relación con la verdad. Esta propuesta es tan importante que da el nombre a la encíclica. “Sólo en la verdad resplandece la caridad”⁴⁶. El amor no puede fundarse en la mentira, ni en medias verdades. El amor sin una comunicación completa y veraz no pasa de ser sentimentalismo lleno de buenos deseos que no sobrepasan el ámbito privado. “Sin el saber, el amor es ciego, y el saber es estéril sin el amor”⁴⁷.

Cuando se pretende un amor social no basado en la verdad se dan distorsiones como el asistencialismo, una ayuda basada en la mentira de la inferioridad del otro, o las diversas formas de totalitarismo⁴⁸. Falso amor basado en la mentira son las ayudas al desarrollo que sirven a intereses de dominación económica o política y buscan mantener a los pueblos en estado de dependencia⁴⁹. Por eso la ayuda al desarrollo no debe ser una función únicamente económica, sino una ocasión de encuentro cultural y cooperación social y económica que respete el principio de la subsidiaridad. La ayuda debe partir del reconocimiento del otro como igual, no inferior, con derecho a participar no sólo en el disfrute de los bienes, sino también en la producción, la propiedad y la decisión sobre los mismos⁵⁰. El reconocimiento del pobre como sujeto se refleja también en la manera de ligar indisolublemente los derechos con los deberes. La exigencia de los derechos debe ir siempre acompañada de la exigencia del cumplimiento de los deberes. Lo contrario es paternalismo, es tratar al pobre como incapaz de asumir sus responsabilidades, no reconocerlo como ciudadano en plenitud⁵¹.

Esta subsidiaridad es el principio que guía la participación en los procesos de desarrollo que atañen a la persona y a los pueblos. El desarrollo, la verdadera modernidad, constituye a los individuos en sujetos y por tanto en actores, protagonistas de su propio desarrollo⁵². Pero éste nunca se produce en aislamiento, sino en interrelación dinámica con otras personas, otros pueblos. Esta integración de los principios de solidari-

dad y subsidiaridad es un aporte importante de la encíclica.

El hombre y la mujer crean su propio desarrollo mediante el dominio de las condiciones ambientales, naturales y culturales, y su creatividad. La tecnología es creación humana y es instrumento para la construcción del desarrollo. Por eso la tecnología tiene que estar orientada por una ética que garantice su respeto de toda persona humana y su instrumentalización para un desarrollo integral y equitativo.

En este sentido, para la participación como sujetos hay condiciones fundamentales entre ellas el acceso a una educación universal de calidad; la libertad que permita a los individuos la libre expresión y la participación activa; los incentivos a la creatividad individual y colectiva; la libre asociación con fines culturales, económicos, sociales o políticos. Cuando se atrofian por décadas estas dimensiones humanas se crea en la persona un daño cultural que requiere de tiempo para su reconstrucción. Este fenómeno se da, por ejemplo, en trabajadores manuales en serie, que ven atrofiada su creatividad, o en formas de explotación extrema, en las que, por sobrevivencia, se tiende a bajar el rendimiento.

La antropología propuesta en la encíclica plantea como una característica esencial de la persona humana su apertura a la trascendencia. No nos basta la sociedad del bienestar. Por eso no siempre el haber alcanzado altos niveles de desarrollo económico garantiza la satisfacción de las personas. Somos seres que nos preguntamos por el sentido de nuestra vida. No nos basta conocer el dato. Queremos comprender su por qué y su para qué. Nuestra mente y nuestro corazón vuelan más alto que nuestras capacidades. Nuestras acciones no son meras respuestas instintivas. Nos movemos por valores que llenan de sentido nuestra vida. Nuestro saber es más que acumulación de conocimientos. Es la capacidad de gustar de ellos internamente, de jugar con ellos creativamente. Nuestra capacidad de amar y nuestro deseo de ser amados apuntan a un sentido de nuestras vidas más allá de las fronteras de nuestra piel. Hay en nosotros una vida espiritual que va más allá de las explicaciones psicológicas⁵³. Y esta dimensión espiritual, trascendente, tiene que ver con nuestra capacidad de amar incluso a nuestros enemigos, de perdonar, de dar la vida, de construir la fraternidad desde nuestros conflictos. El desarrollo del hombre y de los pueblos, para ser auténtico, necesita de la dimensión espiritual⁵⁴. “La disponibilidad para con Dios provoca la disponibilidad para con los hombres y una vida entendida como tarea solidaria y gozosa”⁵⁵.

5. La Sociedad Civil

En este contexto el papa Benedicto XVI plantea la importancia de la sociedad civil para el desarrollo. Ella es la expresión organizada de la sociedad, con sus deberes y derechos, su creatividad, su libertad, su capacidad transformadora, su ansia de convivencia fraterna, que se expresa en asociaciones intermedias. Ella no responde a la lógica del mercado ni del Estado. Estas tres instancias (mercado, Estado y sociedad civil) conforman el conjunto de la sociedad moderna⁵⁶.

Según la encíclica, la solidaridad desde la lógica del mercado es “dar para tener”; desde la lógica del Estado es “dar por deber”. La existencia de la sociedad civil permite la apertura a la gratuidad y comunión en las economías locales y en la economía global. “El binomio exclusivo mercado-Estado corroe la sociabilidad”; la economía solidaria, propia de la sociedad civil, crea sociabilidad⁵⁷.

Llama la atención la importancia dada en la encíclica a la sociedad civil no sólo con respecto a la cultura y la vida política, sino también a la existencia de una economía solidaria. La encíclica propone una mayor regulación de las finanzas y la economía internacional y una reorientación hacia la función social de la producción y la distribución equitativa, e incluso plantea el fomento de lo que llama la economía solidaria, empresas cuyo fin no es el lucro de sus accionistas, sino el bien social⁵⁸.

Es decir, que también en el ámbito económico la encíclica describe la sociedad civil como “forma concreta y profunda de democracia económica”, que permite que “todos se sientan responsables de todos”, sin dejar todo en manos del Estado. Según este planteamiento novedoso existen tres tipos de empresas: la privada, la pública y la solidaria. No se trata sólo de la responsabilidad social de la empresa privada. La sociedad civil puede emprender incluso actividad económica solidaria de producción y distribución de riqueza.

La encíclica tiene conciencia de los grandes problemas de la economía actual: de su dimensión global y del carácter transnacional de las empresas, de los problemas creados por los capitales volátiles, de la falta de regulación adecuada del mundo financiero, del contraste entre el aumento de la producción y la ineficiencia para encontrar fórmulas efectivas de redistribución, de la pretensión de su independencia de la ética; pero sobre todo llama la atención su interés en cómo estos cambios afectan a los trabajadores: la disminución del empleo, las implicaciones con las grandes migraciones nacionales e internacionales, la reducción de la prevención y protección social, el debilitamiento de las organizaciones sindicales... Signos todos ellos de que la economía ha dejado de ser para el hombre, para todos los hombres y mujeres⁵⁹.

La sociedad civil aparece con un importante papel social: es el espacio de la gratuidad, de construcción de fraternidad. En las tensiones que desatan las luchas por el poder económico o político, la sociedad civil crea un espacio diferente de convivencia social.

En esta visión la sociedad civil no pretende sustituir al Estado, sino cumplir una nueva función. La encíclica insiste en la importancia del fortalecimiento del Estado sin determinar cuál debe ser su forma⁶⁰. Pero al mismo tiempo, en la época de la globalización, el Estado tiene que afrontar su limitación. Su autonomía está condicionada por su inserción en el conjunto de naciones con instancias supranacionales: “el Estado se encuentra con el deber de afrontar las limitaciones que pone a su soberanía el nuevo contexto económico-comercial y financiero internacional, caracterizado también por una creciente movilidad de los capitales financieros, la fuerza de trabajo y los medios de producción materiales e inmateriales. Este nuevo contexto ha modificado el poder político de los estados”⁶¹. Pero estos poderes fácticos del mercado, como lo ha demostrado la actual crisis financiera, necesitan de un poder político que los controle, incluso a nivel internacional. Es necesario un Estado fuerte como regulador del mercado y garante de los derechos fundamentales de los ciudadanos. Pero un Estado no se hace fuerte por su fuerza militar, sino por su capacidad de crear consenso y participación. Y en esta función es muy importante la existencia de una sociedad civil interesada en el Bien Común.

6. Conclusión

En resumen, la encíclica *Caritas in Veritate* nos propone:

1. Introducir el amor, inteligente y político, como un factor clave en la construcción del desarrollo y la creación de fraternidad en la sociedad moderna, “pues este amor cristiano no se reduce sólo a actos, sino que emplea una actitud fundamental ante la vida”⁶². Un “amor rico en inteligencia, inteligencia llena de amor”⁶³. Sólo desde la fe encontraremos la fuerza para plantearlo como elemento clave ante los técnicos del desarrollo. Y tenemos como desafío hacerlo realidad en hechos palpables y demostrar su eficacia con indicadores mensurables. El amor desinteresado y transparente tiene que ser nuestra principal estrategia política. Como dijeron nuestros obispos en *El amor todo lo espera*: “Todos quisiéramos...que en Cuba reinara el amor entre sus hijos, para llegar a la hora del perdón, la amnistía, la misericordia”⁶⁴.

2. Aportar para que la sociedad civil se muestre como un actor protagónico en la creación de fraternidad, con credibilidad, transparencia, eficacia y creatividad. Como dicen nuestros Obispos: “todos deben participar en estos cambios”⁶⁵ cada vez más urgentes y necesarios. “Es innegable que los caminos que conducen a la reconciliación y la paz, como el diálogo, tienen un innegable respaldo popular y, además, mucha simpatía y prestigio”⁶⁶.

3. Asociar solidaridad con subsidiaridad como forma de respetar la dignidad de las personas y los pueblos, “para que la solidaridad no engendre pasividad”⁶⁷.

4. Demostrar que es posible una nueva globalización, de signo positivo, que nos integre no en un único y gran mercado, sino en una única familia humana en la que no haya excluidos de la mesa y que no se limite a la dimensión económica, sino que incluya también la cultural, sea respetuosa de las personas y comunidades y abierta a la trascendencia. Que no seamos sus víctimas, sino sus protagonistas.

5. Colaborar en la reforma de la Organización de Naciones Unidas y de las estructuras internacionales para que puedan contribuir eficientemente a la creación de una familia de países en la que se escuche la voz de las naciones pobres.

6. Que la religión tenga un espacio público desde el cual pueda aportar como fuerza inspiradora de muchos creyentes y como motor impulsor en diálogo con todas las personas de buena voluntad. Que los cristianos vivamos una “mística de los ojos abiertos”⁶⁸ que nos haga capaces de crear en tiempos de crisis⁶⁹.

Que la esperanza cristiana avive la caridad en nuestros corazones, “sostenga la razón y le dé fuerza para orientar la voluntad”⁷⁰ en la construcción, con todos los hombres y mujeres de buena voluntad, de un mundo mejor.

Que Nuestra Señora de la Caridad, patrona de Cuba, nos acompañe en esta tarea.

¹ *Caritas in Veritate*, n.21.

² *CiV*, 22 y 25.

³ *CiV*, 33.

⁴ *CiV*, 32.

⁵ *CiV*, 26.

⁶ *CiV*, 31.

⁷ *CiV*, 32.

⁸ *CiV*, 23.

⁹ *CiV*, 19.

¹⁰ *CiV*, 33.

¹¹ Ulrich Beck, *Poder y Contrapoder en la Era Global*, Paidós, Barcelona, 2004, p.27.

¹² *Idem*.

¹³ *CiV* 24.

¹⁴ “El objetivo de la política...era la mayor seguridad posible para todos...alcanzar un alto grado de igualdad social sobre el telón de fondo de la homogeneidad nacional ¿Cuánta diferencia cultural, cuánta desigualdad social se puede, se debe permitir?...dominaban las reglas del derecho internacional, cosa que comportaba que en el interior del Estado se podía hacer lo que se quisiese con los propios ciudadanos ¿Están estas reglas todavía en vigor?” Beck, p.28.

¹⁵ “En el antiguo juego “capital” contra “trabajo” las relaciones entre poder y contrapoder se pensaban según la dialéctica del amo y el esclavo...Esta forma de dialéctica sigue existiendo, pero está cada vez más desvirtuada por la movilidad supranacional del capital...Nadie piensa en la solidaridad supranacional, en el hecho de que a los trabajadores alemanes les han quitado trabajo los eslovacos, por ejemplo”. Beck, p. 30-31.

¹⁶ *Idem* p. 31.

¹⁷ *CiV*, 66.

¹⁸ Zygmunt Bauman, *La modernidad líquida*, Fondo de Cultura Económica, México, 2009, p.219.

¹⁹ *Idem* p. 217.

²⁰ Alain Touraine, *Crítica a la Modernidad*, Fondo de Cultura Económica, 1994, p.364.

²¹ *Idem* p. 36.

²² *Idem*. p.365.

²³ *Idem*, p.363.

²⁴ *CiV*, 11, 17, 18.

²⁵ *CiV*, *idem*.

²⁶ Esta reflexión la tomo de Danny Roque, S.J., *Lo Nuevo y lo Viejo en Caritas in Veritate*, 2009.

²⁷ *CiV*, 52.

²⁸ *CiV*, 1.

²⁹ *CiV*, 75.

³⁰ *CiV*, 18.

³¹ *Redemptor Hominis* 13

³² *CiV*, 45.

³³ *CiV*, 55.

³⁴ *CiV*, 55.

³⁵ *CiV*, 55.

³⁶ *CiV*, 51.

³⁷ *CiV*, 48.

³⁸ *CiV*, 50.

³⁹ *CiV*, 5.

⁴⁰ *CiV*, 34.

⁴¹ *CiV*, 19.

⁴² *CiV*, 7.

⁴³ Obispos de Cuba, *El Amor todo lo espera*, 8 septiembre 1993, 10.

⁴⁴ *Idem*, 12.

⁴⁵ *CiV*, 7.

⁴⁶ *CiV*, 3.

⁴⁷ *CiV*, 30.

⁴⁸ *CiV*, 4.

⁴⁹ *CiV*, 57.

⁵⁰ *CiV*, 57-60.

⁵¹ *CiV*, 43.

⁵² Alian Touraine, *op.cit.* p. 365; *CiV*, 47.

⁵³ *CiV*, 76.

⁵⁴ *CiV*, 77.

⁵⁵ *CiV*, 78.

⁵⁶ *CiV*, 38.

⁵⁷ *CiV*, 39.

⁵⁸ *CiV*, 37.

⁵⁹ *CiV*, 63-64.

⁶⁰ *CiV*, 41.

⁶¹ *CiV*, 24.

⁶² Obispos de Cuba, *El amor todo lo espera*, 8 septiembre 1993, 9.

⁶³ *CiV*, 30.

⁶⁴ *Op.cit.*, 16.

⁶⁵ *Idem*, 56.

⁶⁶ *Idem*, 59.

⁶⁷ *Idem*, 34.

⁶⁸ Cfr. Benjamín González Buelta, S.J., *Ver o Perecer*, Sal Terrae, Santander, 2008.

⁶⁹ Cfr. Benjamín González Buelta, S.J., *Tiempo de Crear*, Sal Terrae, Santander, 2009.

⁷⁰ *CiV*, 34.